

### CAPITULO XXXIII

#### ESCENAS DE FAMILIA

**M**AXIMILIANO estuvo de pronto evitando encontrarse á solas con su mujer, huyéndole á una explicación mortificante: por una parte temía salirse de tono, airado como estaba por la mala partida que acababa de jugarle, y por la otra que ella le dirigiera alguno de sus finos y punzantes reproches, en los cuales siempre, por su propia debilidad de espíritu, salía derrotado. Pero había asuntos muy graves de Estado, en que ambos estaban profundamente interesados y la conferencia á solas era ineludible.

De pronto el Archiduque ocultó cuanto pudo delante de la corte la verdadera consternación con que estaba agobiado: le fué preciso hacer poderosos esfuerzos para disimular, aunque fuera algo, su estado de ánimo, que sin embargo no se escapó al ojo perspicaz de Carlota, la cual aprovechó el primer momento en que estuvieron cerca el uno del otro, al día siguiente del regreso de Cuernavaca, para decirle muy quedo:

- Necesito hablarte, Maximiliano.  
—Yo también lo deseo, esposa mía... pero hay tantas cosas á que atender... ahora.  
—Sin embargo, es preciso que hablemos de eso de Napoleón.  
—Sí, quiero decirte lo que he resuelto.  
—Sobre eso mismo quiero que hablemos.  
—¿Cuándo?  
—Sobre la marcha.  
—Dentro de dos horas estaré en tu departamento.  
—No, no, dentro de diez minutos á lo más. Despacha á toda esta gente: tú eres el Soberano. Despáchala.  
—¿Y puedo despachar á los ministros de Estado, á los generales, al arzobispo...?  
—A todo el mundo. O no los despaches, déjalos y ven.  
—Te ofrezco seguirte muy pronto.  
Entonces la Emperatriz saludó graciosamente á la concurrencia y se fué asida al brazo del conde del Valle, su gran chambelán, secretario, caballero y quién sabe cuántos títulos mas, seguida de las damas y caballeros que formaban su corte particular.  
Cuando pasaron veinte minutos sin que el Emperador hubiera podido desprenderse de las personas que lo asediaban, recibió este un mensaje de Carlota en que le decía que lo estaba esperando.  
No tuvo remedio: se excusó como mejor pudo con las personas que estaban allí, exponiéndoles que la Emperatriz le llamaba con apremio, ofreciéndoles que antes de media hora volvería.

Ni en dos horas, pudo volver, según se verá por lo que en seguida van á oír los lectores:

—No es tiempo de recriminaciones, dijo inmediatamente Carlota á su marido, después de haber echado el pasador á la puerta, en presencia de los graves acontecimientos que tienen embargados nuestros espíritus. . . .

—¿Recriminaciones? . . . preguntó él haciendo cierto ademán de disgusto.

—¿Vas á suponer entonces que no estoy enterada de todo?

—¿Y de qué estás enterada?

—De todo. Y lo que he hecho es salvar á una amiga mía de que fuera á formar número con las víctimas de Cuernavaca.

—¡Oh! ¡oh! parece que te mezclas en mis asuntos más de lo que es de esperarse y de desearse.

—No quería hablar de eso; pero pues me obligas, sábete que esa joven tiene un prometido y que yo le he ayudado para que la coloque en lugar seguro y pueda tomarla por esposa.

Maximiliano se puso rojo de cólera ó de vergüenza, sin encontrar de pronto qué contestar. Al fin dijo para salir del paso:

—¡S. M. la Emperatriz metiéndose á casamentera!

—Si estas cosas pudieran hacerse públicas, nadie me las reprocharía.

—Pero en fin, Carlota, tus espías te han informado mal si acaso te han dicho que yo tenía proyectos preconcebidos respecto de tu protegida.

—¿Y me negarás que fuiste á esperarla á Cuernava-

ca, ó mejor dicho, á esa leonera que me dicen tienes entre un bosque de palmas y chirimoyos?

—No puedo negarte que la invité con su familia para un simple paseo campestre. Los soberanos deben tener algunos descansos y expansiones.

—¡Ah! La mandabas llevar á tu quinta por vía de higiene.

—Es un retiro de los negocios enteramente honesto. De eso pueden dar testimonio Eloin y cuantos me acompañan. ¿Qué hemos estado haciendo en estos días? Pues lo mismo que en otras ocasiones: bañándonos, leyendo periódicos, cazando, haciendo correrías por los bosques, respirando un aire libre y sano.

—Bueno, bueno, quiere decir que sin interés ninguno has traído á toda esa gente á Palacio concediéndoles contra mi voluntad pensiones que son una carga para las cajas públicas.

—Nos sirven como tantos otros.

—Para nada.

—Para nada nos sirven tampoco los mariscales, caballerizos, maestros de ceremonias, damas, lo mismo que tu títere el conde del Valle, y los tenemos porque la corte debe formarse con algunas gentes aunque sean inservibles.

Fué el turno de Carlota para cambiar de color, pero contestó inmediatamente.

—¿Serías tú tan ligero de dar el menor crédito á las hablillas vulgares respecto de mi predilección por un hombre que es tan atento como servicial?

—Yo no hago más que una alusión del caso que no es intencional.

—Pues ese conde del Valle es el único noble de

sangre que hay en México y el único que sabe llevar el título con dignidad.

—Es lo mismo que yo digo de la Señorita Aurora: es la única joven discreta y de talento que puede ser la amiga leal y desinteresada del soberano.

—La prudencia y nuestra posición exigen que nos ocupemos en cosas más serias.

—Pues no me parece que sea fútil tu intervención directa en mis acciones privadas y en mis amistades!

—Soy tu esposa ante Dios y ante los hombres: soy la Emperatriz!

—Señora...

—Y si valiera la pena el asunto, añadiría que cada vez que se ofrezca sabré hacer que queden incólumes mis derechos...

Ya en un terreno tan escabroso, Maximiliano reflexionó que era conveniente amainar y dijo volviendo á tomar asiento, pues se había levantado.

—Y una vez que hablamos en el seno de la intimidad, espero que me digas algo de los asuntos que llamas serios.

—El asunto vital para nosotros es, que si no acudimos pronto á velar por nuestros intereses, el trono, que está ya vacilante, puede rodar al abismo.

—¿Por qué?

—Tú lo sabes tan bien como yo: Juárez está otra vez con su gobierno en Chihuahua sin que haya medio ni esperanzas de que los franceses vayan á quitarlo de allí.

—Juárez no importa nada: nuestro gran enemigo es Napoleón.

—Bueno: Napoleón que teme complicarse en la guerra europea y que tiene un miedo cerval á Mr. Seward...

—Napoleón piensa dejarnos en el aire quitándonos su apoyo.

—¿Y que dices tú de eso?

—Digo que ya tengo mi resolución formada.

—Ya sé cual es; pero ese sería el peor paso de todos porque nos cubriría de ridículo.

—Ah! ¿es posible que también sepas tu...?

—Que piensas abdicar: lo he adivinado en tus ojos y en tus palabras.

—Pues no solo lo pienso, sino que traigo aquí ya hecha la abdicación para firmarla en tu presencia. Sabía que habías de estar implacable conmigo y la traje para imponerte esa pena.

—Pena á mí? ¿No sabes, hombre incauto, que abdicando tu serías el que te castigarías terriblemente? ¿Qué papel irías á desempeñar en Europa?

—Iría á tomar mi puesto entre las legiones austriacas.

—En el caso de que tu hermano quisiera admitirte!

—¿Y por qué no había de admitirme?

—Porque no te quiere, porque te juzga un conspirador, porque cree que le haces sombra.

Maximiliano se quedó pensativo.

La princesa continuó así:

—Es preciso que pensemos ya con juicio en nuestra situación. Nosotros no podemos salir de aquí sino para el cadalso.

—¿Cómo! ¿qué es lo que dices?

—Sí, porque lo preferiremos á la rechifla. Nuestra

sangre, nuestra prosapia, nuestra dignidad imperial, todo lo que hay en nosotros de noble, exige que defendamos una situación que hemos aceptado. Debemos luchar, luchar con brío hasta que no tengamos ni un hombre ni un peso, aunque seamos nosotros solos contra todos.

—Sería más que una locura.

—Pero una locura en correspondencia con nuestra alta misión.

—No creo que nuestra misión sea llegar hasta el sacrificio.

—De manera, ¿qué cuáles son tus planes definitivos?

—Los que me inspira la misma situación de que antes me hablabas. El país no quiere aceptar el imperio, puesto que hay legiones de hombres que lo combaten; Escobedo se ha apoderado de toda la frontera del Norte; Corona lucha incansablemente en Occidente hasta el punto de que sus parciales se han apoderado de algunas plazas; Bazaine se muestra tibio para emprender una campaña activa y fructuosa; carecemos de recursos para levantar un ejército formidable por nuestra propia cuenta; Napoleón quiere abandonarnos en los momentos en que más necesarios nos son sus auxilios.... Ante todas esas dificultades la abdicación se impone.

—Dos gruesas lágrimas se deslizaron por las mejillas de la princesa. Maximiliano, queriéndose aprovechar de ese momento de estupor de su esposa, sacó el papel del bolsillo, lo extendió sobre la mesa, se sentó al lado, tomó una pluma, la mojó de tinta en el tintero y

ya comenzaba á poner su nombre, cuando sintió sobre la suya la mano de la Emperatriz.

—¡Detente! le dijo ésta con la mirada extraviada.

Maximiliano la vió y tuvo miedo ante aquella fisonomía trastornada.

—Creo que es lo más conveniente, le dijo él suavizando la voz.

—Nó, nó, exclamó ella exaltada: esa abdicación sería nuestra ignominia cuando todavía hay elementos con que combatir. Si estuviera el enemigo á las puertas de México todavía habríamos de pensarlo; pero abdicar ahora sería una cobardía, una vergüenza, una infamia. Un Hapsburgo no se intimida, no tiembla, no se rinde ante los peligros lejanos.

—¿Y qué debo hacer?

—Ya te lo he dicho: empuñar la espada y combatir con valor.

—El valor sabes que no me falta; pero carezco de los medios para ponerlo en planta.

—Yo también tengo mis proyectos y creo que son mejores que los tuyos.

—Dílos.

—Ir yo misma á echarme á los piés de Napoleón para exhortarlo á que cumpla sus promesas; ir también á postrarme á los piés del Padre Santo para decirle que nos economice sus bendiciones pero que recuerde que cuando estuvimos en Roma nos ofreció protejernos á fin de que con su palabra divina ponga fin á las torturas religiosas que aquí nos despedazan; ir también llorando de puerta en puerta por las casas de los banqueros y los poderosos para que nos presten el dinero que necesitamos. Si nos sostenemos

dos, tres años más, nuestro imperio quedará establecido para siempre. Lo veo con la inspiración, con los ojos de una profetiza, con la fé que siento en este momento en mi corazón.

—¡Carlota! me das lástima.

—Nó, no la tengas. . . . ¿por qué?

—Porque vas á sufrir tal vez desaires y humillaciones.

—¡Y qué te importa si te traigo la salvación!

—¿Y si no traes nada y vas á sufrir inútilmente?

—Eso es cuenta mía; pero yo te juro que no volveré si no traigo cuanto necesitamos para nuestra salvación completa.

—Te impones un sacrificio que vale más que los resultados.

—¿No te digo que los resultados serán nuestra salvación?

—Tengo confianza en tu talento y en tu energía; pero conozco los escollos en que vas á tener que estrellarte.

—No me estrellaré; pero si así fuera ¡te espero en Miramar!

—¡Ah! ahora comprendo tu pensamiento y tu abnegación. Quieres tentar el último esfuerzo y si fracasas, ya no tengo compromiso de permanecer en México!

—Nó: si fracaso te lo aviso y presentas en el acto tu abdicación.

—Siendo así, acepto.

—Por ahora rompamos ese papel que tanto ha conurbado mi espíritu.

Diciendo esto Carlota avanzó hacia la mesa en

donde estaba la abdicación á medio firmar y la rompió.

—Ahora, desde esta tarde misma voy á hacer mis preparativos de viaje.

—¿Cuándo quieres salir?

—Mañana mismo si hay un buque en Veracruz que me lleve.

—Se te alistará uno en tres días.

—Quiere decir que dentro de tres días saldré para Francia.

—¿Quiénes te acompañarán?

—Pocas personas, las más indispensables y las más útiles.

—Irán contigo el viejo Uraga que es de toda mi confianza y aun el mismo conde del Valle si lo necesitas.

—Sí, quiero que vaya el conde del Valle como una muestra tuya de que tienes fé en la dignidad de tu esposa.

—La tengo.

—Venga tu mano en señal de eterna reconciliación.

—A mis brazos, amada mía.

—¿Me perdonas?

—De qué he de perdonarte, de tus celos? ¿acaso los celos no son la mejor prueba del cariño?

—Del amor, de la pasión, querrás decir.

—Sí, vida de mi alma. . . . yo también te amo y por eso me ofusca á veces la nube de los celos. . . . ¡también soy celoso!

—¡Bah!. . . . tú no amarás á otra como á mí me